

Isabel Torras

Las necesidades de la primera infancia: los mil días de oro

Recepción: 08/03/2020 Aceptación: 31/03/2020

Resumen

Este artículo plantea cuáles son las necesidades de los primeros años de vida de los bebés y cómo satisfacerlas desde la parentalidad positiva, para que los niños puedan crecer de forma sana, equilibrada y desarrollando al máximo sus potencialidades. Se pone especial énfasis en el establecimiento del vínculo seguro, en la confianza básica y en el diálogo con el mundo interno del bebé, a fin de dar respuesta a sus necesidades de manera serena y adecuada. El artículo también aborda el papel decisivo que tienen las familias en el desarrollo armónico de los niños y se pregunta qué necesitan para poder ejercer su función adecuadamente. En los últimos apartados se reflexiona sobre el acompañamiento y el apoyo a familias en situación de especial vulnerabilidad y se hacen algunos apuntes sobre la labor de los profesionales sociales que trabajan junto a las familias con hijos menores de tres años, destacando la importancia de las actitudes que se adoptan.

Palabras clave

Primera infancia, mil días de oro, familias, parentalidad positiva, acompañamiento, vínculo, desarrollo infantil

Les necessitats de la petita infància: els mil dies d'or

Aquest article planteja quines són les necessitats dels primers anys de vida dels nadons i com satisfer-les des de la parentalitat positiva, per tal que els infants puguin créixer de forma sana, equilibrada i desenvolupant al màxim les seves potencialitats. Es posa especial èmfasi en l'establiment del vincle segur, en la confiança bàsica i en el diàleg amb el món intern del bebè, per tal de donar resposta a les seves necessitats de manera serena i adient. L'article també aborda el paper decisiu que tenen les famílies en el desenvolupament harmònic dels infants i es pregunta què necessiten per poder exercir la seva funció adequadament. En els darrers apartats es reflexiona sobre l'acompanyament i el suport a famílies en situació d'especial vulnerabilitat i es fan alguns apunts sobre la tasca dels professionals socials que treballen al costat de les famílies amb fills menors de tres anys, destacant la importància de les actituds que s'hi adopten.

Paraules clau

Petita infància, mil dies d'or, famílies, parentalitat positiva, acompanyament, vincle, desenvolupament infantil

Needs in Early Childhood: the thousand golden days

This article sets out to consider the needs of babies in the first years of life and how to meet these with positive parenting to allow children to grow in a healthy and balanced manner, developing their potential to the full. Special emphasis is placed on establishing a secure bond, basic trust and dialogue with the baby's inner world, in order to respond to their needs calmly and appropriately. The article also addresses the decisive role played by the family in the harmonious development of the child and asks what families need to be able to carry out their function properly. The concluding sections reflect on the provision of support and guidance for families in situations of special vulnerability and include notes on the practice of social services professionals who work with families with children under the age of three, highlighting the importance of the attitudes adopted in this context.

Keywords

Early childhood, golden thousand days, families, positive parenting, support and guidance, bond, child development

Cómo citar este artículo:

Torras Genís, Isabel (2020). Las necesidades de la primera infancia: los mil días de oro. *Educació Social. Revista d'Intervenció Socioeducativa*, 74, 17-35.



▲ Introducció

Somos lo que los padres y las madres nos enseñaron cuando no estaban intentando enseñarnos nada.
Umberto Eco

La primera tarea de la educaci3n es agitar la vida, para luego dejarla libre para que se desarrolle.
Maria Montessori

Las experiencias tempranas en estos mil d3as de oro influyen en la construcci3n de la arquitectura cerebral

Los mil d3as de oro es un concepto que surge inicialmente en el 3mbito de la medicina, asociado a la salud maternoinfantil, y hace referencia a los primeros mil d3as de vida del beb3: desde que es concebido hasta que cumple los dos a3os. Es un concepto que destaca sobre todo la relevancia de una buena salud y una correcta nutrici3n durante la gestaci3n y los primeros meses del beb3 de cara a su 3ptimo crecimiento. En este art3culo queremos utilizar el concepto de los *mil d3as de oro* para profundizar en la importancia de estos primeros momentos, no ya solo en t3rminos de salud y crecimiento f3sico, sino tambi3n en cuanto al resto de desarrollos, especialmente el socioafectivo y el cognitivo. Las experiencias tempranas en estos mil d3as de oro influyen en la construcci3n de la arquitectura cerebral, en los funcionamientos ps3quicos b3sicos, y est3n altamente relacionadas con el desarrollo del ni3o a corto y largo plazo.

Estos primeros mil d3as se consideran esenciales para desarrollar las potencialidades del beb3, lo que depender3 de las oportunidades que tenga para crecer saludable, bien nutrido, predispuesto al aprendizaje, emocionalmente seguro y siendo escuchado, y del acceso que tenga a servicios adecuados de salud, nutrici3n, educaci3n y protecci3n. Durante estos mil d3as iniciales, se establecen en buena medida las bases de la salud y las capacidades que le permitir3n desarrollarse de manera adecuada durante el resto de su vida (Naciones Unidas, 2020).

Los mil d3as de oro para construir unos buenos cimientos: las necesidades de los ni3os y su satisfacci3n por parte de los adultos cuidadores

Al inicio de la vida, el ser humano es claramente dependiente de los dem3s para su supervivencia; y no solo durante los nueve meses que dura la gestaci3n, sino tambi3n durante los a3os de infancia. Afortunadamente, la especie humana, como muchas otras especies animales, est3 *programada* para el cuidado de sus cr3as; para satisfacer las necesidades de los beb3s de una

forma natural e instintiva. Las necesidades de los bebés no han variado sustancialmente, a pesar de los cambios que ha experimentado la sociedad y la estructura familiar en las últimas décadas. López Sánchez (2008) las agrupa de la siguiente forma:

- **Necesidades psicobiológicas:** buena alimentación, buena higiene, buena temperatura, sueño adecuado, protección de riesgos reales e integridad física, salud.
- **Necesidades socioafectivas:** seguridad emocional, red de relaciones sociales, participación y autonomía progresiva.
- **Necesidades cognitivas:** estimulación sensorial, exploración física y social, comprensión de la realidad.

Teniendo presente que todas estas necesidades están interrelacionadas y que la satisfacción de una de ellas afecta a la satisfacción de las demás, intentaremos profundizar principalmente en las necesidades socioafectivas y en las necesidades cognitivas, dado que la satisfacción de estas necesidades no es tan evidente y directa como la de las necesidades psicobiológicas, y en cambio son tan o más importantes.

Las necesidades socioafectivas: la vinculación segura y la confianza básica, la clave de todo

Los bebés nacen con una predisposición a establecer vínculos con otras personas y necesitan claramente esta vinculación para su desarrollo afectivo. Esta actitud es innata y está motivada sobre todo por la búsqueda de protección, seguridad y refugio que el cuidador pueda ofrecer al recién nacido. Dada esta predisposición, durante los primeros meses de vida el bebé se vincula a uno o más cuidadores, con los que se siente seguro y receptivo a sus manifestaciones de afecto y de quien no quiere separarse (Bowlby, 1958; Talarn, 2013).

La teoría del vínculo (Bowlby, 1958) pone de relieve de forma empírica que en los primeros años de vida todos los niños deben gozar de cuidados regulares, emocionalmente cálidos, previsibles en base a sus expectativas y afectivamente comunicativos para poder desarrollarse adecuadamente como persona y alcanzar un nivel óptimo de salud mental.

¿Cómo se establece este vínculo? ¿Cómo respondemos los adultos a esta necesidad primigenia del niño? Básicamente a través de la satisfacción de sus necesidades psicobiológicas. Cuando un bebé llora porque tiene hambre, porque tiene sueño o por algún otro malestar, será la madre o la persona que lo cuida quien dará sentido a este llanto y calmará al niño alimentándolo o haciendo lo que sea necesario, diciéndole: “seguramente debes tener



Todas estas necesidades están interrelacionadas y la satisfacción de una de ellas afecta a la satisfacción de las demás

hambre” o bien “estás cansado y no te puedes dormir” o “¿tienes dolor de estómago?”. La madre o el cuidador principal, de forma natural, interpreta lo que le pasa al bebé, pone palabras a su malestar y actúa en consecuencia. En palabras de Winnicott (1956), diríamos que durante los primeros meses el bebé forma parte de una relación y no podría existir sin esta madre o figura parental que es sensible a sus requerimientos y los satisface de forma apropiada. Y eso se hace en la cotidianidad del día a día, cuando la madre o el padre alimenta al bebé, cuando le cambia el pañal, cuando lo pone a dormir, cuando lo baña, cuando sale con él a pasear, etc. No se trata de establecer el vínculo a través de actividades “extraordinarias”, sino que, a través de las rutinas diarias, el niño va adquiriendo esta seguridad y estima que se le transmite cuando se le cuida. Cuando el bebé percibe que es importante para alguien y se siente comprendido y atendido en sus necesidades –evidentemente, de una forma inconsciente y primaria, porque su mente todavía es muy inmadura– se vincula estrechamente a su figura de referencia (Gerhardt, 2008). Esta vinculación afectiva es asimétrica, pero bidireccional: el bebé necesita tener cerca esta figura parental que le da seguridad y afecto, pero a la vez, a la madre o al padre también le da tranquilidad tener cerca al bebé. Es un momento en que la necesidad del bebé de “ser cuidado” se complementa felizmente con la necesidad del adulto de “cuidar”. Es un período en el que el adulto antepone las necesidades del bebé a sus propias necesidades o, mejor dicho, el adulto *se hace suyas* las necesidades del bebé, priorizándolas ante otras cuestiones.

Insistiendo en la importancia de los buenos tratos al inicio de la vida para tener un buen desarrollo socioafectivo, podemos decir que si, cuando el bebé llora, gime o grita, intentamos ponernos en su piel y entender qué le está pasando para comportarse de esa manera, si hacemos una apuesta sincera para dialogar con su *mundo interno* y dar una respuesta en base a estas premisas, estamos dando al niño un mensaje fundamental: le estamos diciendo que no está solo ante las dificultades, que los malestares que siente pueden superarse y que tiene alguien al lado con un interés genuino para ayudarlo (Amorós, 2008). En definitiva estamos posibilitando el establecimiento de la *confianza básica* de la que nos habla Erikson en su reconocido modelo psicosocial: la *confianza* de estar en un mundo donde se le tiene en cuenta y que se consigue gracias a la experiencia continuada de ser cuidado y amado (Erikson, 1973). Esta confianza básica se convierte en el pilar donde se sustenta todo crecimiento posterior y nos lleva a adquirir la virtud de *la esperanza*, es decir, a no hundirnos ante las dificultades, sino a tener la esperanza de que vamos a salir adelante, dado que nuestras experiencias tempranas han ido en ese sentido. Popularmente se dice que la esperanza es lo último que se pierde, seguramente porque es lo primero que se gana.

Como dice la psicóloga experta en desarrollo emocional y protección infantil Pepa Horno,

vincularse a otra persona es un privilegio, porque conlleva la posibilidad de influir en su desarrollo, pero también una responsabilidad, porque dejamos huella en su psiquismo. Uno de los aspectos clave para los padres y madres, por lo tanto, es saber construir vínculos afectivos constructivos y positivos con sus hijos e hijas para proporcionarles la seguridad básica afectiva que sirve para generar crecimiento y autonomía en el niño (Horno, 2008).

A partir de este vínculo seguro y de esta confianza básica, el niño puede salir a explorar el entorno. Esta es la base de todo: podemos empezar a abrirnos y a interesarnos por el mundo exterior, a explorar y experimentar, siempre que estemos tranquilos a nivel afectivo. El inicio del desarrollo cognitivo está estrechamente ligado, por lo tanto, al desarrollo afectivo.

Las necesidades cognitivas: la importancia de la exploración libre y de tener un buen intérprete vital

Durante los primeros meses, el mundo es para el bebé un conjunto de estímulos lleno de colores, luces, formas, olores, texturas, sonidos y sabores. Incluso antes, durante el desarrollo intrauterino, el feto ya va recibiendo estímulos de forma suave y tamizada, como puede ser luz, música o, especialmente, la voz de la madre, que facilitarán la posterior vinculación. Una vez nacemos, empezamos a pensar e interactuar con el entorno gracias a que venimos equipados de fábrica con el sentido de la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, que son nuestras ventanas al exterior, y gracias también a la posibilidad que tenemos de movernos e interactuar con las personas y los objetos. En este primer momento, el conocimiento de la realidad se obtiene, por tanto, a partir de los sentidos, las sensaciones y el movimiento. La primera tarea que tiene el bebé es discriminar las sensaciones que provienen de él mismo (hambre, dolor de estómago o sensación de frío), de las que provienen de fuera (luces, sabores, ruidos...). Así irá cogiendo conciencia de sí mismo y diferenciándose de la realidad exterior. En segundo lugar, el bebé deberá poner orden a todo ese caos de estímulos externos e ir organizando el mundo bajo unos determinados parámetros. Las rutinas que el adulto establece de alimentación, higiene y sueño, así como la constancia de los espacios donde se mueve y de las personas que trata, le dan estabilidad y le ayudan a entender y anticipar acontecimientos. Asimismo, la exploración libre del niño en entornos seguros y ricos en estímulos lo pone en situación de ir comprendiendo cómo se comportan los objetos cuando se manipulan, se lanzan, se chupan o se muerden (Pikler, 1984).



A partir de este vínculo seguro y de esta confianza básica, el niño puede salir a explorar el entorno

En este primer momento, el conocimiento de la realidad se obtiene a partir de los sentidos, las sensaciones y el movimiento

La relación con la madre o el cuidador principal y el retorno continuado que recibe también es una pieza clave para la comprensión del entorno. Por tanto, en estos primeros meses, toma mucha importancia la forma como cogemos al bebé, lo acariciamos, lo miramos, le hablamos, jugamos con él y le establecemos las rutinas. El adulto cuidador se convierte en el intérprete vital de lo que le sucede al niño, que poco a poco va conociendo el mundo y a él mismo a través de los ojos de sus referentes. Cuando un niño de dos años tropieza y se cae suele asustarse y busca refugio en la mirada materna, si la madre ve que no se ha hecho daño y es capaz de hacerle un retorno tranquilo del tipo: “No te has hecho daño, ¿verdad? ¡Solo ha sido un susto! No ha pasado nada, sigue jugando...”, seguramente el niño seguirá jugando y es posible que se vaya repitiendo a sí mismo: “No me he hecho nada, solo ha sido un susto”. Si esta actitud de interpretación serena de los acontecimientos por parte de los referentes se hace de forma continuada, ayudará al niño a que, en el futuro, cuando vuelva a vivir situaciones similares, él mismo pueda interpretar lo que le pasa de forma tranquila y adecuada.

Las recientes investigaciones en neurociencia cognitiva van en la misma línea, demostrando que el desarrollo cerebral, las emociones y el desarrollo de la mente están claramente entrelazados y que las figuras parentales tienen una gran influencia. El cerebro es un complejo sistema de sistemas que mezcla ordenadamente las experiencias vitales y las palabras con las emociones que se producen en cada momento relacional. Las acciones parentales se asocian a emociones de alegría, dolor, tristeza, miedo o calma que son interactuadas con las emociones del niño. Inicialmente, durante los primeros años de vida, son las figuras parentales las que promueven el pensamiento de sus menores, dando pautas para analizar la vida cotidiana y sus significados. Las figuras parentales son, por tanto, muy activas en el desarrollo emocional y en el desarrollo de la mente de los niños (Barudy, 2010; Siegel 2011; Damasio, 2005; citados en Loizaga, 2011).

Los niños muy pequeños al principio no entienden las palabras concretas, pero captan rápidamente la prosodia

En cuanto al desarrollo de las capacidades comunicativas, a los niños hay que hablarles desde que nacen e incluso antes, teniendo en cuenta que hacia el quinto mes de gestación se desarrolla el sentido del oído. Poner palabras a las acciones que vamos haciendo con ellos les ayuda a ir entendiendo el mundo e ir entendiéndose a sí mismos: hablarles amorosamente mientras los amamantamos, cantar durante el baño, leer un cuento en voz alta antes de ir a dormir, inventar relatos... En todo eso también hay una parte lúdica y placentera muy importante que no se debe menospreciar. Tal vez los niños muy pequeños al principio no entienden las palabras concretas, pero captan rápidamente la prosodia: la entonación, el tono, la intensidad, etc. Se debe tener presente que los bebés entienden mucho más de lo que son capaces de expresar.

- Cerraremos este apartado resumiendo y proponiendo algunas pautas dirigidas a madres, padres y educadores de niños menores de tres años para acompañarlos en su conocimiento del mundo:

- Establecer unas rutinas adecuadas de alimentación, higiene y sueño que ayuden al bebé a poner orden al caos inicial. Poco a poco, a partir de la repetición, la constancia y la coherencia de los estímulos, podrá ir anticipando los eventos y eso le irá dando seguridad y estabilidad.
- Ofrecer entornos seguros y adaptados a la edad del niño en los que pueda explorar y jugar libremente. Sobre todo a partir del momento en el que el niño puede desplazarse por sí mismo, gateando o caminando, es importante que pueda interactuar con objetos y estímulos varios de una forma segura, autónoma y supervisada.
- Aunque no hable, es importante que nosotros hablemos con él, le interpretemos lo que pasa, le expliquemos cosas, le hagamos juegos en el regazo, interaccionemos con él, etc. Quizá no entenderá las palabras, pero captará la intención a través del tono, la expresión y el contexto.
- Estar atento a sus ritmos naturales (de hambre, sueño, juego, etc.) y respetarlos, sin poner por delante nuestras necesidades y exigencias adultas.



La familia: el entorno natural de crecimiento del niño

La familia es el primer entorno de relación y convivencia que nos ayuda a estructurarnos como personas. La mayoría de nosotros partimos de una vivencia familiar concreta que nos ha permitido crecer, madurar y ser como somos actualmente. Según los datos del último censo que el Instituto Nacional de Estadística realiza cada diez años (el próximo será en 2021), el 87,7% de la población residente en Cataluña vive en familia: a pesar de los múltiples cambios que ha experimentado la sociedad en los últimos años, la familia sigue siendo el modelo convivencial por excelencia.

Actualmente, el abanico de estructuras familiares se ha ampliado. Algunas de las causas que han propiciado este cambio están relacionadas con el debilitamiento de las formaciones familiares clásicas (nuclear y extensa) y la aparición de nuevos modelos familiares, el envejecimiento poblacional, los efectos de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, las consecuencias de la emigración hacia entornos urbanos, las dificultades de emancipación, el incremento de las rupturas conyugales y los cambios sociales en la percepción de cómo deben ser las familias (Riudor, 2018). Nos encontramos por tanto con estructuras familiares más plurales y más diversas, pero seguramente con el mismo deseo de ejercer su parentalidad y acompañar a sus hijos e hijas en su proceso de crecimiento.

Podemos distinguir entre dos formas de parentalidad: la *biológica*, asociada a la procreación, y la *social*, asociada a la capacidad para cuidar, proteger, educar y socializar a los niños. A pesar de que habitualmente las dos parentalidades van juntas, no siempre es necesariamente así. La *parentalidad social* no depende de la estructura o composición familiar, sino que tiene que ver con las actitudes y formas de interaccionar de las figuras parentales con sus hijos e hijas. Estas actitudes y formas de interaccionar de los adultos referentes es lo que llamamos *competencias parentales*, y según Barudy (2005) se adquieren por procesos complejos en los que intervienen y se mezclan diferentes aspectos:

- Las posibilidades personales innatas marcadas, sin duda, por factores hereditarios.
- Las experiencias de buen trato o mal trato que los futuros padres han conocido en sus historias personales, sobre todo en la infancia y en la adolescencia.
- Los procesos de aprendizaje, que están influenciados por los momentos históricos, los contextos sociales y la cultura.

Difícilmente se pueden modificar los dos primeros factores: las posibilidades personales innatas y las experiencias tempranas de buen trato o mal trato, más allá de ser conscientes de la influencia que tienen en el estilo educativo de cada uno. Afortunadamente hay un tercer factor que incide en las competencias parentales y son los procesos de aprendizaje. Por tanto, se puede aprender a ser competente a nivel parental. Autores contemporáneos como Loizaga (2011) y Rodrigo, Máiquez y Martín (2010) proponen concretamente el aprendizaje de la *parentalidad positiva*.

La parentalidad positiva

La parentalidad positiva se refiere al comportamiento de los padres fundamentado en el interés superior del niño

La parentalidad positiva se refiere al comportamiento de los padres fundamentado en el interés superior del niño, que cuida, desarrolla sus capacidades, no es violento y ofrece reconocimiento y orientación, y que incluye el establecimiento de límites que permitan el pleno desarrollo del niño (Rodrigo *et al.* 2010). La parentalidad positiva es sobre todo invisible: hecha de las conductas y actitudes del día a día y de los mensajes (a menudo no verbales) que emitimos en la relación con nuestros niños.

Loizaga (2011) establece tres niveles de parentalidad positiva:

- 1) *Las bases*: La actitud parental global, el clima familiar que nos hace sentir a gusto como personas.
- 2) *Los comportamientos*: Las conductas explícitas que nos hacen crecer con seguridad y madurez y que pueden ir desde jugar, reír y disfrutar con los

hijos, hasta utilizar la disciplina de forma asertiva, pasando por enseñar habilidades necesarias para la vida.

- 3) *El metalenguaje*: Reflexiones sobre el propio comportamiento parental desde una perspectiva ética que ayudan a ver el mundo y la propia vida con significado y sentido.

Rodrigo *et al.* (2010), por su parte, describen los principios que debe seguir la parentalidad positiva:

- Vínculos afectivos cálidos, protectores y estables para que los menores se sientan aceptados y queridos.
- Entorno estructurado; esto supone el establecimiento de rutinas y hábitos para la organización de las actividades cotidianas.
- Estimulación y apoyo al aprendizaje.
- Reconocimiento del valor de los hijos e hijas, mostrar interés por su mundo y sus experiencias y responder a sus necesidades.
- Capacitación de los hijos e hijas, potenciando su percepción de que son agentes activos y competentes.
- Educación sin violencia, excluyendo toda forma de castigo físico o psicológico degradante.

Los principios que acabamos de nombrar van destinados a todas las familias con niños y no solo a familias con niños de 0 a 3 años. La parentalidad positiva relacionada con la primera infancia, sin embargo, tiene unas particularidades que consideramos suficientemente relevantes como para tratarlas a continuación.

Parentalidad positiva y primera infancia

Las particularidades de la parentalidad positiva en la etapa 0-3 tienen que ver con el hecho de que los bebés se encuentran en el inicio de la vida (y por tanto no hay experiencias ni vivencias previas a las que referirse o con las que comparar) y con el hecho de no tener todavía lenguaje construido para comunicar y pensar. Teniendo en cuenta estos dos parámetros (*inicio de vida y no disponer de lenguaje*), nos atrevemos a releer los principios anteriores y a incidir en tres cuestiones que, en niños mayores, no tienen tanta relevancia como lo pueden tener en los bebés: *el tiempo compartido, la rapidez en dar respuesta y la mirada que reconoce*.

- a) Tiempo compartido: Cantidad de tiempo y tiempo de calidad

Años atrás se acostumbraba a decir que no era tan importante la cantidad de tiempo que pasaras con tu hijo, sino el tiempo de calidad que le dedicaras. Se decía que si no podías ver a tu hijo durante el día, pero podías estar un rato



con él antes de ir a dormir contándole un cuento o cantándole una canción, la calidad de este rato compensaba el haber estado separados durante la jornada. Pues bien, esta premisa, que puede ser cierta hasta cierto punto con niños mayores, no se cumple con los bebés.

El establecimiento del vínculo y la confianza básica se logra gracias a las rutinas cotidianas compartidas de alimentación, de sueño, de higiene y de juego

Como decíamos en apartados anteriores del artículo, las necesidades de estos *mil días de oro* requiere calidad, pero también cantidad de tiempo que el bebé y la madre o el cuidador principal pasan juntos. El establecimiento del vínculo y la confianza básica se logra gracias a las rutinas cotidianas compartidas de alimentación, de sueño, de higiene y de juego; y todo ello requiere tiempo. Requiere presencia, estabilidad y constancia por parte de la figura parental, y disponibilidad de acoger físicamente pero también psíquicamente este bebé que se inicia en la vida. El tiempo compartido, por tanto, en los *mil días de oro* debe ser lo máximo posible.

Relacionado con lo que acabamos de comentar, nos preguntamos si delegamos en exceso la crianza en los expertos. En principio, la crianza y la educación de los niños no deberían delegarse, sino que deberían compartirse y, aún así, consideramos que hasta cierto punto. Es natural y recomendable compartir la crianza con la propia red familiar y social, y consultar dudas con los profesionales oportunos del ámbito de la pediatría, la educación o la psicología. Lo que creemos que es excesivo es desconfiar ya de entrada de las propias capacidades y claudicar, delegando en los profesionales cuestiones que se deberían poder trabajar en la familia (por ejemplo, delegar en los educadores de guarderías la introducción de determinados alimentos en la dieta del bebé, la retirada del pañal o el establecimiento de rutinas de sueño adecuadas). Se debe consultar y confiar siempre en la opinión de los profesionales, pero sin llegar al extremo de traspasarles la responsabilidad de aspectos de la crianza que corresponden al ámbito familiar.

b) La rapidez en dar respuesta: Con los recién nacidos, ¡inmediatez!

Cuanto más pequeño es el niño, más diligente debe ser el adulto cuidador en la satisfacción de sus necesidades. Un niño de cierta edad ya tiene experiencias previas de haber sido atendido y, por tanto, puede tener una cierta capacidad de espera; pero un bebé recién nacido no dispone de estas experiencias previas y, por tanto, su llanto debe ser atendido y consolado cuanto antes mejor. La inmediatez inicial le ayuda a confiar. Como hemos dicho en apartados anteriores, gracias a la estabilidad, la constancia y las rutinas que establece el cuidador, el niño va percibiendo que sus demandas son atendidas y, poco a poco, puede ampliar el tiempo de espera. Junto con la espera, ampliará también las formas de consuelo: de aquellos momentos iniciales en que solo se calma cogiéndolo en brazos, pasará más adelante a calmarse con la presencia del adulto cuidador, o escuchando su voz desde la habitación de al lado. Aunque pueda parecer contradictorio, los niños necesitan estar muy “pegados” a las figuras parentales al inicio, para poderse alejar con tranquilidad e ir siendo cada vez más autónomos.

c) La mirada que reconoce: Mirada cariñosa que hace crecer armoniosamente

Todos los niños y adolescentes, tengan la edad que tengan, deben ser mirados y se debe hablar con ellos de forma amorosa. Pero no nos cansaremos de decir que, durante los primeros mil días de vida, la mirada de la figura parental es especialmente relevante: el autoconcepto y la autoestima futura estarán muy relacionadas. El bebé aún no se puede mirar a él mismo y su identidad va estrechamente ligada a la del adulto que lo cuida. Podemos decir que el bebé “se verá” en la sonrisa de la madre o en sus ojos cuando lo miran (Winnicott, 1956).

El niño necesita percibir, de forma primaria y no consciente, que ha llegado a un mundo en el que se le respeta y se le tiene en cuenta. El bebé tiene en la figura parental su “yo externo” que lo reconoce y pone palabras a lo que le pasa cuando él todavía no puede hacerlo. Es preciso insistir en que nada, absolutamente nada, sustituye la interacción personal en esas primeras edades. Los niños necesitan ser *mirados* en toda la plenitud de la palabra porque, como decíamos en apartados anteriores, son parte de una relación y solo pueden empezar a ser y a construirse en la medida en que son *mirados* y amados por el adulto.

Queremos hacer un inciso para alertar del peligro de introducir pantallas (ordenadores, móviles, tabletas) en las rutinas de los niños menores de tres años en esta construcción de su “yo”. Resulta muy cómodo que coman mirando dibujos animados en el ordenador, que se duerman escuchando canciones en la tableta o que se estén tranquilos en el cochecito jugando con el móvil, pero, como aconseja con argumentos sólidos y contrastados la pedagoga Anna Ramis (2019), “De 0 a 3, ¡pantallas NADA!”. Estudios empíricos recientes han encontrado una relación directa entre el tiempo que niños de entre 2 y 5 años pasan delante de las pantallas con un rendimiento más bajo en pruebas de evaluación de su desarrollo (Madigan, 2019). Un bebé mirando dibujos en la pantalla de un móvil ofrece una falsa sensación de tranquilidad, ya que lo mantiene entretenido y con la mente ocupada, pero no le ayuda a construirse como persona. Lo que ayuda a los niños a construirse como individuos es el contacto directo, la interacción y el retorno que les hacemos sus referentes. A los niños les hacen falta adultos generosos y disponibles, que sean capaces de poner el foco de atención en el niño, para ayudarlo a interpretar sus vivencias de una forma realista, tranquila y positiva (Torras, 2018).

A pesar de lo que acabamos de decir, cabe recordar también que los primeros años de vida es una etapa bastante invisible socialmente hablando. El cuidado del bebé se tiene mayoritariamente en casa, de puertas adentro, y el bebé aún no puede expresarse con palabras. Si todo va bien y las figuras parentales son cálidas, sensibles y protectoras, no hay problema, pero si no es así, el bebé se encuentra en una situación de total indefensión. Es un deber social



Estudios empíricos recientes han encontrado una relación directa entre el tiempo que niños de entre 2 y 5 años pasan delante de las pantallas con un rendimiento más bajo

encontrar los mecanismos para conseguir un adecuado cuidado de todos los bebés durante esos primeros años y, al mismo tiempo, poder detectar y actuar rápidamente en las situaciones en que no sea así.

¿Qué necesitan las familias con hijos menores de tres años?

Antes de entrar a abordar las necesidades de las familias con hijos menores de tres años, nos gustaría destacar que los países con menor índice de pobreza infantil y familiar, los países donde las familias presentan un mayor grado de bienestar, son aquellos países que plantean *políticas familiares universales* dirigidas a *todas* las familias con niños a cargo. Es decir, que los destinatarios de las políticas son todas las familias, independientemente de su nivel de renta, en contraposición a las medidas específicas dirigidas a determinados colectivos (Riudor, 2018). Todas, absolutamente todas las familias, son en algún momento vulnerables y necesitan ser cuidadas. Por lo tanto, el bienestar de la infancia y de la familia debe entenderse como una prioridad universal. En la medida en que mejoramos las condiciones de las familias, mejoraremos el bienestar infantil.

En esta misma línea, un estudio promovido por la Mesa de Entidades del Tercer Sector Social (Torras y Lorenzo, 2018) ponía de manifiesto que las principales necesidades de las familias guardaban relación con tres aspectos:

- a) Las *medidas de conciliación laboral y familiar* que ayuden a organizar y repartir mejor el tiempo dedicado al trabajo y a la familia. En este tipo de medidas los países nórdicos se han convertido en referentes: disponen de permisos parentales de larga duración, bien retribuidos –con una media del 70-80% del salario– y con una amplia flexibilidad a la hora de poder disfrutarlos (Riudor, 2018).
- b) *Recursos/personas de confianza con quien dejar a los hijos* en los ratos en que la madre o el cuidador principal no puede ocuparse de ellos, y que nos remitiría a la importancia de una red de guarderías públicas y de calidad. El acceso a la educación durante la etapa de los 0-3 años tiene beneficios sociales, especialmente en el caso de los niños que crecen en hogares más vulnerables porque favorece la igualdad de oportunidades. Save the children (2019), en su informe *Donde todo empieza*, revelaba que solo el 26% de familias con pocos recursos escolarizaban a sus hijos antes de los 3 años, frente al 62% de las familias con más recursos. Dicho informe señalaba también que las familias con más recursos que no escolarizan a sus niños en estas edades, no lo hacen porque optan por atenderlos en casa; mientras que las familias con pocos recursos que no llevan a sus hijos de 0 a 3 años a un centro educativo no lo hacen mayoritariamente por motivos económicos. Es decir, los primeros no lo

El acceso a la educación durante la etapa de los 0-3 años tiene beneficios sociales, especialmente en el caso de los niños que crecen en hogares más vulnerables

hacen porque no quieren, dado que disponen de alternativas; mientras que los segundos no lo hacen porque no pueden.

- c) *Acompañamiento a la crianza y apoyo a las competencias parentales:* dan respuesta a necesidades psicosociales que tienen que ver con el hecho de no sentirse solo ante la crianza y poder compartir dudas y vivencias con otros padres y madres o tener el acompañamiento de expertos mediante grupos de crianza, espacios bebé, espacios familiares o escuelas de familias. Con respecto a esta última necesidad, los expertos destacan los beneficios del apoyo no solo durante la crianza, sino también durante la etapa del embarazo y el postparto. Un acompañamiento profesional a domicilio que vaya más allá del seguimiento obstétrico y ofrezca un seguimiento más de carácter psicosocial, ayudando a detectar y paliar situaciones de soledad y malestar durante este proceso.



Seguramente habría que añadir un cuarto aspecto que tuviera que ver con *el acceso de las familias a toda esta información*; es decir, que en cada barrio o ciudad se hiciera llegar o se pusiera a disposición de las familias, una guía 0-3 de los recursos, proyectos y servicios donde se detallaran horarios, vías de acceso, profesionales, actividades que se llevan a cabo, etc. Una información completa y exhaustiva parecida a la que se ofrece en relación con la educación formal a partir de los tres años, para que padres y madres puedan acceder a los recursos que más se ajusten a sus necesidades.

El acompañamiento y el apoyo a familias en situaciones o momentos de especial vulnerabilidad

Según la Encuesta de Condiciones de Vida (Idescat, 2018), el porcentaje de personas que viven en hogares considerados en riesgo de pobreza en Cataluña es del 21,3%, pero sube al 25,3% en los hogares de familias con hijos dependientes; mientras que baja al 17,1% en los hogares sin hijos. La situación es especialmente grave en el caso de las familias monoparentales donde la tasa de riesgo de pobreza sube a un alarmante 42,9%. Familias en situación vulnerable, que comportan infancias vulneradas en cuanto a igualdad de oportunidades. El gran reto es acabar con la secuencia: Familias en situación de vulnerabilidad → Infancias vulneradas. Ofrecer apoyos para que los condicionantes de la familia no resten oportunidades a sus niños.

Fundación Foessa (2019) alerta en la mayoría de sus informes, pero muy insistentemente en el último, que los problemas económicos de carácter estructural (desempleo, trabajos precarios, dificultades de acceso a viviendas dignas, etc.) son los principales obstáculos con los que se encuentran las familias actualmente y que, cuando se cronifican, influyen directamente en el bienestar de los niños. Por lo tanto, antes de cualquier otra medida, el primer reto lo encontraríamos en un cambio urgente en las políticas de empleo

El primer reto lo encontraríamos en un cambio urgente en las políticas de empleo y de vivienda

y de vivienda que permitiera el acceso a todas las familias y muy especialmente a aquellas en situación de vulnerabilidad. Pero cuando hablamos de familias en situaciones o momentos de especial vulnerabilidad, aparte de la pobreza económica, también consideramos otros tipos de vulnerabilidad que a menudo no quedan recogidos en las encuestas oficiales. Pensamos, por ejemplo, en situaciones de maternidades no buscadas, familias inmigrantes con la familia extensa en el país de origen, familias con problemas de salud mental o adolescentes que se encuentran en un momento vital en que les es difícil poder cuidar a un bebé. En estas situaciones, los profesionales que acompañan a estas familias en la crianza de sus hijos e hijas, aparte de la atención especializada, deben ser capaces de tejer complicidades en los diferentes entornos cotidianos: guarderías (0-3 años), centros de salud, servicios sociales, espacios familiares, centros socioeducativos, etc., para dinamizar y movilizar los recursos tanto de la propia familia como del entorno. Profesionales que faciliten y promuevan la relación entre familias, que favorezcan el vínculo, que ayuden a interpretar el comportamiento infantil, a conectar con el mundo interno del niño, que desdramaticen, que pongan en valor, que ofrezcan miradas positivas y esperanzadoras. En definitiva, profesionales que, partiendo de la participación y la corresponsabilidad (Bretones *et al.* 2012), les ofrezcan espacios para construir y crecer como familia.

Según Barudy (2005), promover las competencias parentales sanas desde la parentalidad positiva es la prioridad en cualquier intervención familiar y social destinada a asegurar el bienestar infantil. Este autor propone un listado de acciones a realizar, de las cuales destacamos las tres que tienen más incidencia en relación con los niños menores de 3 años:

- Ofrecer vínculos afectivos seguros, fiables y con continuidad como mínimo con un adulto significativo, preferentemente de su entorno familiar.
- Facilitar procesos relacionales que permitan dotar de significado las experiencias.
- Proporcionar apoyo social.

Acompañar, por ejemplo, a madres con bajas capacidades parentales en su maternidad también pasa a veces por facilitar la comprensión de las conductas del bebé y ayudar a ver al bebé desde otra perspectiva: dejar de verlo como un “*objeto* a cuidar: limpiar y alimentar”, y empezar a verlo como un “*sujeto* con el que interactuar y comunicar”.

También nos gustaría destacar que el trabajo con familia que suele ser más exitoso es aquel que se desarrolla en los entornos habituales de las criaturas y sus familias y, especialmente, aquellos proyectos que son capaces de rescatar y recuperar el sentido de *comunidad*. Proyectos con un fuerte impacto preventivo y que apoyan la estructura familiar en los diferentes momentos del ciclo vital; y muy especialmente en el embarazo y el nacimiento de un hijo, dado que es uno de los cambios más intensos e importantes en la vida de una persona. Para ayudar a los niños y niñas hay que ayudar a la familia y

recuperar el sentido de que el cuidado de la infancia es una labor de toda la comunidad. Se trata de que los profesionales de la acción social sean capaces de aprovechar los escenarios cotidianos de la comunidad como recursos naturales para el trabajo con familias. Del mismo modo que otras disciplinas se inspiran en la naturaleza para realizar diseños más eficaces, más integrados con el entorno y menos invasivos; las profesiones sociales deberían inspirarse en las redes naturales de apoyo familiar para adecuar sus intervenciones. No sacar a las familias de su entorno más cercano, sino valerse de los agentes comunitarios para la inclusión, el apoyo y el cambio. Ser capaces de crear entornos y situaciones que cuiden a las familias (Bretones *et al.* 2012).



Los profesionales sociales que trabajan junto a las familias

Podemos encontrar profesionales sociales que trabajan con familias con hijos menores de tres años en proyectos y centros de carácter muy variado; dirigidos a toda la población o destinados a colectivos específicos; más o menos comunitarios; con diferentes grados de intensidad y de intencionalidad educativa, etc. Los más habituales serían los servicios sociales, los cursos preparto, los espacios maternoinfantiles diurnos, las residencias maternoinfantiles, los grupos de crianza, las escuelas de familias, los espacios bebé, los centros socioeducativos, los espacios familiares, los centros de acogida, los centros residenciales de acción educativa (CRAE), los centros de desarrollo infantil y atención precoz (CDIAP), etc.

No sacar a las familias de su entorno más cercano, sino valerse de los agentes comunitarios para la inclusión, el apoyo y el cambio

Si cogemos como ejemplo uno de los recursos más extendidos, dirigidos a todas las familias con niños menores de tres años, como son los espacios familiares,

vemos que la tarea de los educadores pasa por la observación atenta y cuidadosa de lo que sucede en los espacios, así como en una disponibilidad y una presencia que tiene muy en cuenta la relación entre el niño y el adulto y el respeto a esta relación. Sin prejuizar, ofrece maneras de resolver las distintas situaciones, conflictos y necesidades, a fin de dar a las familias más seguridad a la hora de tomar decisiones. Pone al alcance información, formación y recursos de ocio y participación en forma de talleres, actividades y charlas así como también, si se detecta algún factor de vulnerabilidad, recursos específicos de la red: salud, servicios sociales, etc. Es una relación enfocada al cuidado del vínculo entre los niños y los adultos que los acompañan y la relación con otras familias (Forner 2001).

En general, el éxito del trabajo con las familias depende en gran parte de la calidad de la relación que el profesional establece con los padres; y esta relación está fuertemente mediada por las actitudes que adopta. En este sentido, tal y como indica Giné (2011), es preciso prestar atención a aquellas actitudes que ayudarán al profesional a prosperar en su trabajo. Concretamente señala las siguientes:

- *Abandonar el modelo de experto.* Es preciso que el profesional no se instale en la posición de superioridad del que todo lo sabe; esta actitud, que a menudo esconde una incapacidad para conectar con los problemas y las necesidades reales de la familia, genera distancia y desconfianza por parte de la familia.
- *Reconocer la singularidad de cada familia y acercarse sin prejuicios a su realidad.* Las soluciones que pueden ser eficaces en unos casos no necesariamente lo serán en otros.
- *Respeto ante la situación y las dificultades de todas las familias.* Sea cual sea la situación de la familia, el primer paso para llegar a comprender el contexto familiar es el respeto: no juzgar, no banalizar o no culpabilizar.
- *Valorar los esfuerzos que las familias llevan a cabo.* Pueden requerir ciertamente más o menos ayuda, pero todas tienen posibilidades que conviene reconocer y valorar.
- *Más confianza en las posibilidades de las familias en la educación de sus hijos.* Es una consecuencia del punto anterior. Solo cuando las familias perciben que creemos en sus posibilidades podrán desarrollar la autoestima necesaria para tener éxito en su tarea parental.
- *Saber crear una relación de empatía con las madres y los padres.* El establecimiento de un clima emocional positivo se convierte en el medio idóneo para una colaboración eficaz. El sentido del humor puede convertirse en una buena herramienta de trabajo.

La satisfacción profesional viene de tejer complicidades entre los adultos, en beneficio de los niños, en una línea más comunitaria

En 2018 el Grupo de investigación Innovación y Análisis Social de la Universidad Ramon Llull llevó a cabo una investigación, de la que apenas ahora se están obteniendo los primeros resultados, en que se encuestó a más de cien profesionales de atención a la primera infancia en guarderías sobre el ejercicio de su trabajo. Un primer análisis de los resultados revela que hay dos cuestiones que correlacionan significativamente con más satisfacción de las profesionales en su trabajo. Por un lado, el hecho de que el centro en el que trabajan ofrezca espacios de formación y/o orientación en competencias parentales a las familias. Y, por otro lado, también muestran más satisfacción aquellas educadoras que comparten más los criterios de atención a los niños con las familias. Las dos cuestiones mencionadas, pero especialmente la última, implican una comunicación constante y fluida entre educadoras y familias para consensuar al máximo las actuaciones y llegar a acuerdos en la gestión de los conflictos cotidianos. Se evidencia, por lo tanto, que la satisfacción profesional no viene solo por una prestación adecuada del servicio en relación con los niños, sino que va más allá y viene de *tejer complicidades entre los adultos, en beneficio de los niños*, en una línea más comunitaria.

Volvemos a destacar la *participación* y la *corresponsabilidad* como dos de los principios básicos del trabajo con familias.

Hasta ahora hemos hablado de los profesionales que trabajan con la familia, pero no podemos terminar este apartado sin hacer un breve apunte del trabajo que hacen los profesionales sociales en las situaciones en que el niño ha tenido que ser separado de su familia. Como hemos visto en apartados anteriores de este artículo, cuando el bebé ha vivido situaciones negligentes, abandono o, en el peor de los casos, malos tratos por parte de sus cuidadores iniciales, no ha podido percibir de forma intuitiva que su vida tenga valor para nadie y no ha podido vivenciar que ha llegado a un mundo seguro donde se le ama incondicionalmente. En estas situaciones se instala la *desconfianza* en el niño; arraiga el sentimiento, mayoritariamente inconsciente, de que no puede confiar en nadie, porque no hay nadie que se interese realmente por lo que le pasa. Esta desconfianza puede dificultar el establecimiento de nuevos vínculos por miedo a la frustración de un nuevo abandono, un nuevo desengaño. Por eso, cuando estos niños tienen una nueva oportunidad de vinculación con adultos sensibles a sus necesidades (por ejemplo, gracias a familias de acogida, familias adoptantes, educadores de centros de acogimiento o de CRAE), es fundamental empatizar con su desconfianza inicial, intentando comprender sus conductas y reacciones –quizás desmesuradas, agresivas o extrañas– como consecuencia de sus vivencias tempranas. Las madres y padres de acogida, adoptivos o los educadores de los centros serán los que deberán poner en práctica las competencias parentales antes explicadas para ayudar al niño a rehacer sus bases emocionales iniciales, para hacerlas más sólidas y seguras y, a partir de ellas, poder construir un yo más equilibrado y armónico.



Conclusiones

No quisiera terminar este artículo sin recordar que todos hemos sido niños, y todos partimos de una vivencia familiar concreta que nos ha permitido crecer y madurar hasta llegar a ser las personas que somos actualmente. Una reflexión sobre el propio modelo familiar vivido y el reconocimiento de su influencia sobre cómo nos miramos y cómo valoramos las familias que atendemos es fundamental para no caer en prejuicios y en imposiciones de maneras de actuar. Existen aprendizajes, como sería el caso de *vivir en familia* y *cuidar de los demás*, que pasan más por la experiencia emocional y vivencial, que por la comprensión y la razón. Aprendizajes que dejan una huella que condiciona nuestra mirada y de la que hay ser conscientes, sobre todo en nuestro ejercicio profesional.

Hemos hablado de los *mil días de oro* como ventana de oportunidades para el bienestar de la primera infancia, debido a los beneficios que suponen las medidas de prevención y atención adecuadas durante estos primeros me-

Toda la inversión que se hace en estas primeras edades es retornada con creces y de forma positiva tanto a nivel individual, como a nivel social

ses. Los profesionales debemos conocer y ser sensibles a las particularidades de esta etapa para poder acompañar a las familias en la interpretación adecuada de las necesidades de los bebés. Toda la inversión que se hace en estas primeras edades es retornada con creces y de forma positiva tanto a nivel individual, como a nivel social, porque estamos ayudando a construir sociedades de personas maduras, autónomas y equilibradas.

Isabel Torras Genís

Profesora de la Facultad de Educación Social y Trabajo Social Pere Tarrés
Miembro del Grupo de investigación Innovación y Análisis Social (GIAS)
Universidad Ramon Llull
itorras@peretarres.org

Bibliografía

- Amorós Azpilicueta, C.** (2008) Desamparo y adopción desde la perspectiva del menor. *Intercambios, papeles de psicoanálisis*, 21, 7-12.
- Barudy, J.; Dantagnan, M.** (2005). *Los buenos tratos a la infancia. Parentalidad, apego y resiliencia*. Barcelona: Gedisa.
- Bowlby J.** (1958). The nature of the child's tie to his mother, a *International Journal of Psycho-Analysis*, 39, 350-373.
- Bowlby J.** (1998). *El apego y la pérdida*. Barcelona: Paidós.
- Bretones, E.; Monteys, I.; Morales, E.; Rendón, G.; Solé, J.; Ubieta, J. R.** (2012). *Familias y educación social. Un encuentro necesario*. Barcelona: Editorial UOC.
- Erikson, E.** (1973). Ocho edades del hombre. En Erikson: *Infancia y sociedad* (cap. 7, p. 222-247). Buenos Aires: Paidós.
- Fundación Foessa** (2019). *VIII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*. Madrid: Fundación FOESSA-Caritas Editores.
- Forner, A.** (2001). *Serveis per a la infancia*. *Estudis* núm. 7. Diputación de Barcelona.
- Gerhardt, S.** (2008). *El amor maternal: la influencia del afecto en el desarrollo mental y emocional del bebé*. Barcelona: Albesa.
- Giné, S.** (2011). Necesidades de apoyo de las familias de personas con discapacidad intelectual de Catalunya. *Siglo Cero*, 42 (240):31-49.
- Horno, P.** (2008). *Desarrollo del vínculo afectivo*. En: AEPap ed. Curso de Actualización Pediatría 2008. Madrid: Exlibris Ediciones; 2008. p. 303-10. https://www.aepap.org/sites/default/files/aepap2008_libro_299-310_vinculo.pdf
- Madigan, S.; Browne, D.; Racine, N.; Mori, C.; Tough, S.** (2019). *Screen Time and Poor Early Child Development: Investigating Direction of Effects*. *JAMA Pediatrics*.
- Naciones Unidas** (2020). *La importancia de los primeros mil días de vida*. Naciones Unidas-Bolivia.

- Loizaga, F.** (2011). Parentalitat positiva. Les bases de la construcció de la persona. *Educació social. Revista d'Intervenció Socioeducativa*, 49, 71-89.
- López Sánchez, F.** (2008). *Necesidades en la infancia y en la adolescencia*. Madrid: Ed. Pirámide
- McWey, L. M.** (2004). Predictors of attachment styles of children in foster care: An attachment theory model for working with families. *A Journal of Marital and Family Therapy*. 30, 439-452.
- Pikler, E.** (1984). *Moverse en libertad. Desarrollo de la motricidad global*. Madrid: Narcea.
- Ramis, A. (2019). *Hores i mesos de pantalles: conseqüències per les criatures menudes*. <http://www.annaramis.cat/de-0-a-3-pantalles-res/>
- Riudor, X.** (2018). *Polítiques de suport a les famílies* (informe CTESC). Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Rodrigo, M. J.; Máiquez, M. L.; Martín, J. C.** (2010). *La educación parental como recurso psicoeducativo para promover la parentalidad positiva*. Madrid: Federación Española de Municipios y Provincias (FEMP).
- Sallés, C.; Ger, S.** (2011). Les competències parentals en la família contemporània: descripció, promoció i avaluació. *Educació social. Revista d'Intervenció Socioeducativa*, 49, 25-48.
- Save the children** (2017). *Desheredados. Desigualdad infantil, igualdad de oportunidades y políticas públicas en España*. Barcelona: Save the children.
- Save the children** (2019). *Donde todo empieza. Educación infantil de 0 a 3 años para igualar oportunidades*. Madrid: Save the children.
- Talarn, A.; Sáinz, F.; Rigat, A.** (2013). *Relaciones, vivencias y psicopatología. Las bases relacionales del sufrimiento mental excesivo*. Barcelona: Herder.
- Torras, I.; Lorenzo, A.** (2018). *Monoparentalidad femenina i pobresa*. Barcelona: Taula d'Entitats del Tercer Sector Social de Catalunya.
- Torras, I.** (2018). Elogi de la mirada atenta. *Educació social. Revista d'Intervenció Socioeducativa*, 68, 6-8.
- UNICEF** (2012). *Desarrollo emocional. Clave para la primera infancia*. Argentina: Fundación Kaleidos.
- Van Belle, J.** (2016). *Early Childhood Education and Care (ECEC) and its long-term effects on educational and labour market outcomes*. Santa Monica: RAND.
- Winnicott, D.W.** (1956) Primary maternal preoccupation, a *Collected Papers: Thought paediatrics to psycho-analysis*, Londres, Hogarth. (Trad. Cast.: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1979).

